

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Repositorio Institucional del ITESO

rei.iteso.mx

Departamento de Estudios Socioculturales

DESO - Artículos y ponencias con arbitraje

2009-07

Investigación de la comunicación, incertidumbre y conocimiento de la sociedad

Fuentes-Navarro, Raúl

Fuentes-Navarro, R. (2009) "Investigación de la comunicación, incertidumbre y conocimiento de la sociedad". Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación, 6(11). São Paulo Brasil: Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/2676>

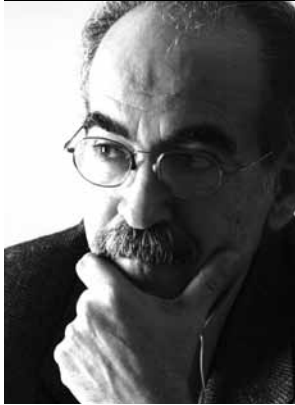
Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN, INCERTIDUMBRE Y CONOCIMIENTO DE LA SOCIEDAD

RESEARCH ON COMMUNICATION, UNCERTAINTY AND KNOWLEDGE OF THE SOCIETY

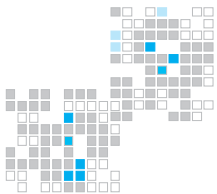
INVESTIGAÇÃO DA COMUNICAÇÃO, INCERTEZA E CONHECIMENTO DA SOCIEDADE



Raúl Fuentes Navarro

■ Mexicano, doctor en Ciencias Sociales. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Socioculturales y Coordinador del Doctorado en Estudios Científico-Sociales del ITESO (Guadalajara, Jal.). Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (Nivel III) y de la Academia Mexicana de Ciencias. Autor de *La comunicación desde una perspectiva sociocultural* (ITESO, 2008).

■ E-mail: raul@iteso.mx



RESUMEN

Este trabajo expone algunas reflexiones acerca de los debates sobre la “sociedad del conocimiento” y el papel de la comunicación en ella, desde el punto de vista de la capacidad y las limitaciones universitarias para aportar a la sociedad un conocimiento que permita discernir las implicaciones de los discursos del poder acerca de este horizonte. La discusión se sitúa concretamente en la actualidad mexicana, y en el ámbito del campo académico de la comunicación.

PALABRAS CLAVE: SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO; INVESTIGACIÓN DE LA COMUNICACIÓN; UNIVERSIDAD; MÉXICO.

ABSTRACT

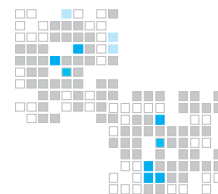
This paper sets forth some reflections concerning the debate on the “knowledge society” and the relevant role of communication in relation to it. These reflections arise from the point of view of the universities’ abilities and limitations to offer their societies the knowledge that enables the task of identifying implications of the discourses on power on this horizon. There is a concrete reference to Mexico’s present situation and within the ambit of its relevant academic field of communication.

KEYWORDS: KNOWLEDGE SOCIETY; COMMUNICATION RESEARCH; UNIVERSITY; MEXICO.

RESUMO

Este trabalho expõe algumas reflexões sobre os debates da “sociedade do conhecimento” e o papel da comunicação neste contexto, a partir do ponto de vista da capacidade e das limitações acadêmicas para oferecer à sociedade um conhecimento que permita distinguir as implicações dos discursos do poder neste horizonte. A discussão se situa concretamente na atualidade mexicana e no âmbito acadêmico da Comunicação.

PALAVRAS-CHAVE: SOCIEDADE DO CONHECIMENTO; PESQUISA DE COMUNICAÇÃO; UNIVERSIDADE; MÉXICO.



En las últimas décadas han proliferado en el mundo fórmulas discursivas que, construidas alrededor de diversas concepciones de la “comunicación”, la “información”, y sobre todo, de las tecnologías digitales, anuncian el advenimiento de transformaciones radicales de la estructuración social, y muy especialmente del “orden global”. Si bien son los organismos internacionales, los gobiernos y las grandes industrias los agentes concernidos prioritariamente en la elaboración y difusión de estas fórmulas discursivas, en articulaciones no siempre consistentes con sus intervenciones prácticas, factores reales del impulso de las transformaciones globales, otras instituciones, como las universidades, han debido involucrarse en los debates y en las prácticas asociadas, con mayores o menores márgenes de autonomía y diversas opciones de influencia en sus entornos sociales.

Este texto no está orientado a la discusión de las premisas o de las articulaciones de esas fórmulas discursivas, ni tiene la pretensión de aportar alguna línea de desarrollo conceptual o empírico de los estudios sobre la comunicación y la sociedad contemporáneas, sino a un propósito mucho más modesto y concretamente situado en un tiempo y un espacio social coyunturales: el que tiene que ver con los procesos educativos y de investigación de la comunicación en el ámbito universitario mexicano, a fines de la primera década del siglo XXI¹. Es parte de una conversación académica que intenta suscitar la reflexión de profesores y estudiantes acerca de su entorno tanto discursivo como social, y sobre las estrategias que condicionan sus posiciones intelectuales y políticas al respecto. Por ello se invierten los términos de la fórmula “sociedad del conocimiento” por el “conocimiento de la socie-

1 En su presentación original, aquí parcialmente modificada, este texto fue expuesto como la segunda conferencia magistral (la primera fue pronunciada por Armand Mattelart) del *IV Coloquio Internacional Tecnologías de Información y Comunicación Social: Hacia la Sociedad del Conocimiento*, de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en Monterrey, el 11 de noviembre de 2009.

dad”, para apuntar al que podría aportar a la propia sociedad la investigación de la comunicación.

La primera referencia que es necesario hacer tiene que ver con la pugna por la definición de las funciones sociales de las universidades y el marco político de su financiamiento en México. Si bien esta referencia es directa para las instituciones públicas, las particulares no son ajenas al debate, entre otras razones porque en el área de los estudios de comunicación, aproximadamente la mitad de los estudiantes están inscritos en ellas. En medio de un contexto de recesión y decrecimiento económico, de violencia social y de estancamiento político de extrema gravedad, como el que caracteriza a México, a fines de 2009 se reavivó notablemente en cierta parte del espacio público nacional la muy vieja e intrincada pugna por los presupuestos dedicados a la educación superior, la ciencia, la tecnología y, término relativamente novedoso, la innovación. No es esta, por supuesto, la primera vez que el sector universitario exige el reconocimiento público y efectivo de su importancia para el desarrollo nacional ante los poderes institucionales que parecen empeñados en ignorarla y menospreciarla, pero las circunstancias de la “crisis” le han dado una relevancia especial.

Pero en el contexto de esa exigencia, independientemente de su eficacia política inmediata, se pueden también explorar algunas consideraciones académicas, críticas y autocríticas, al respecto. Un buen punto de partida puede ser el reconocimiento del hecho de que ser parte del sector universitario en México es un privilegio, más que un logro meritorio o un derecho vigente, pues depende de una estructura histórica que, por este y otros medios, poco ha hecho para compensar la creciente desigualdad social. Menos del cinco por ciento de la población mexicana forma o ha formado parte de este sector: de ahí que la implicación fundamental de ser universitario sea la responsabilidad ante el resto de la sociedad.

En los planteamientos públicos de la Academia

Mexicana de Ciencias, el Foro Consultivo Científico y Tecnológico, diversas asociaciones científicas y académicas, y muchas universidades representadas por sus más altas autoridades, a la exigencia de mayores presupuestos se suele unir la consideración de que los problemas del desarrollo de las tareas de la producción científica y la educación superior no son sólo financieras, y que la mítica y legal meta de que México invierta el 1% del Producto Interno Bruto en estos sectores tendría que ser un objetivo irrenunciable, aunque progresivo, porque nunca ha llegado siquiera a la mitad, pero, además, incorporado en un proceso de cambio profundo de las políticas y las prácticas vigentes, en las que se puede privilegiar la dimensión cultural.

Es muy impactante ver, ahora en universidades públicas de los estados y no sólo de la capital del país, espectaculares instalaciones para el trabajo educativo y científico, edificadas y equipadas sin duda a costos muy altos, pero con usos o productos todavía muy precarios. Pueden citarse casos de bibliotecas universitarias instaladas en edificios de los llamados “inteligentes”, donde hay muy pocos libros (muchos de ellos todavía envueltos en celofán, seguramente para protegerlos del polvo), muchas computadoras apagadas, y casi ningún estudiante o profesor que consulte los libros o las redes digitales. También, por supuesto, puede hablarse de las condiciones de extrema precariedad en que pequeñas comunidades académicas realizan tareas académicas, si no de excelencia, sí de digna y meritoria calidad y pertinencia. Sin caer en el maniqueísmo o la demagogia, es obvio que la producción de conocimiento pertinente y de calidad, además de depender del financiamiento, es una función sobre todo cultural.

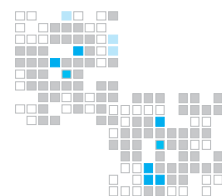
Y la cultura científica y académica en México, en cualquiera de sus escalas y dimensiones, es todavía extremadamente débil y en muchos sentidos anacrónica. Un solo ejemplo, sorprendente aunque no inexplicable, puede ilustrar esta condición. Desde 1984 opera en México, caso excepcional

en casi cualquier sentido, el Sistema Nacional de Investigadores, que apoya con reconocimiento y estímulos económicos a los investigadores, previa evaluación periódica por comités de pares. Como miembro beneficiario del Sistema, y habiendo tenido la oportunidad de formar parte recientemente de la comisión dictaminadora de Ciencias Sociales, este autor puede atestiguar la calidad estrictamente académica de la evaluación, pero también algunas limitaciones institucionales que

Sin caer en el maniqueísmo o la demagogia, es obvio que la producción de conocimiento pertinente y de calidad, además de depender del financiamiento, es una función sobre todo cultural.

no son precisamente burocráticas, sino culturales en su sentido más amplio.

En cada periodo de evaluación, cada investigador debe entregar ejemplares de sus productos científicos, sobre todo libros y artículos publicados. La comisión dictaminadora los revisa como parte fundamental de la evaluación, y al terminar el proceso, el investigador debe pasar a recoger su expediente o dejar que después de un tiempo razonable, su contenido, es decir, libros y revistas, sea destruido. Hay buenas razones para hacer eso, más allá de la eficiencia en el uso del espacio, que no son fáciles de modificar, ya que paradójicamente, en términos legales, los productos de la investigación no son bienes públicos y deben ser respetados los derechos de propiedad y de confidencialidad de su producción. Sobra decir que la mayor parte, casi la totalidad, de esa producción científica y editorial se financia con fondos públicos, y que muchos de los investigadores, entre los cuales están los más influyentes, no estarían dispuestos a renunciar a esa confidencialidad. En consecuencia, después de veinticinco años de contar con un Sistema Nacional de Investigadores, el país no dispone de una Biblioteca Nacional de la Ciencia, completa y actualizada, cuyo



acervo correspondiera a la producción evaluada periódicamente por pares del más alto nivel de reconocimiento oficial y que estuviera disponible a quien le interesara, de una manera pública y profesional.

La precariedad de la cultura científica y académica mexicana, así ejemplificada, tendría que ubicarse en relación con los debates y las medidas de política pública que rigen institucionalmente el trabajo académico y científico. Es muy saludable por supuesto la intención de incorporar al país a las tendencias contemporáneas de reforma que es-

Al igual que en otros países, la producción de investigación académica de la comunicación en México manifiesta una clara tendencia a la fragmentación, que no a la especialización.

tán implicadas en debates internacionales como el referido a la “Sociedad de la Información” versus la “Sociedad del Conocimiento”, debates en cuya formulación y desarrollo tienen un lugar central los objetos de estudio de la investigación en “ciencias de la comunicación”, pero esos debates podrían profundizarse y actualizarse en relación más estrecha con las prácticas académicas, sus estructuras organizativas y sus condiciones culturales, además de sus manifestaciones discursivas y sus propósitos abstractos.

Desde esta perspectiva se sostiene muy bien el escepticismo con respecto a la eficacia constatable, o al menos esperable a mediano plazo, de gran parte de las formulaciones discursivas adoptadas y de las prácticas reformadas en México, y seguramente en muchos otros países, en función de esa deseable sociedad del “conocimiento”. El planteamiento oficial de la Unesco, publicado en 2005 bajo el título *Hacia las sociedades del conocimiento*, incluye desde su introducción un par de fragmentos cruciales:

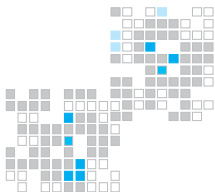
Cada sociedad cuenta con sus propios puntos fuertes en materia de conocimiento. Por consi-

guiente, es necesario actuar para que los conocimientos de los que son ya depositarias las distintas sociedades se articulen con las nuevas formas de elaboración, adquisición y difusión del saber valorizadas por el modelo de la economía del conocimiento.

La noción de sociedad de la información se basa en los progresos tecnológicos. En cambio, el concepto de sociedades del conocimiento comprende dimensiones sociales, éticas y políticas mucho más vastas. El hecho de que nos refiramos a sociedades, en plural, no se debe al azar, sino a la intención de rechazar la unicidad de un modelo “listo para su uso” que no tenga suficientemente en cuenta la diversidad cultural y lingüística, único elemento que nos permite a todos reconocernos en los cambios que se están produciendo actualmente. Hay siempre diferentes formas de conocimiento y cultura que intervienen en la edificación de las sociedades, comprendidas aquellas muy influidas por el progreso científico y técnico moderno. No se puede admitir que la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación nos conduzca –en virtud de un determinismo tecnológico estrecho y fatalista– a prever una forma única de sociedad posible.

La importancia de la educación y del espíritu crítico pone de relieve que en la tarea de construir auténticas sociedades del conocimiento, las nuevas posibilidades ofrecidas por Internet o los instrumentos multimedia no deben hacer que nos desinteresemos por otros instrumentos auténticos del conocimiento como la prensa, la radio, la televisión y, sobre todo, la escuela. Antes que los ordenadores y el acceso a Internet, la mayoría de las poblaciones del mundo necesita los libros, los manuales escolares y los maestros de que carecen (Unesco, 2005, p.17).

Sería muy pertinente seguir releendo y repensando, desde la perspectiva de los escasos debates y la abundancia discursiva en los ámbitos académi-



cos, en este documento y en muchos otros, la problematización de las propuestas y de las posiciones, antes que la formulación de un programa a seguir ciegamente. Puede citarse también otro fragmento de esta introducción, referido a los “desafíos” de la disociación social y de la excesiva mercantilización del conocimiento:

¿Las sociedades del conocimiento serán sociedades donde el saber esté compartido y el conocimiento sea accesible a todos, o sociedades donde el saber esté repartido? En la era de la información, y en un momento en el que se nos promete el advenimiento de las sociedades del conocimiento, podemos observar cómo se multiplican paradójicamente las brechas y las exclusiones, tanto entre los países del Norte y del Sur como dentro de cada sociedad.

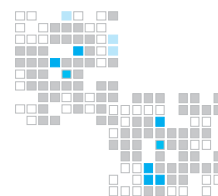
[...] El conocimiento no se puede considerar una mercancía como las demás. La tendencia actual a la privatización e internacionalización de los sistemas de enseñanza superior merece una atención especial por parte de los encargados de adoptar decisiones y debería examinarse en el marco de un debate público, efectuando un verdadero trabajo de prospectiva a escala nacional, regional e internacional. El saber representa un bien común y su mercantilización merece, por consiguiente, un examen atento (Unesco, 2005, p. 22-24).

Es evidente que en buena medida esta problematización formulada por la Unesco implica a los medios, las políticas y los conceptos de comunicación, conocimiento y cultura en relación con un contexto económico, político y tecnológico que los amenaza e instrumentaliza en todas las sociedades. La consecuencia obvia sería atender, desde modelos y prácticas de comunicación social, en su sentido más amplio y general, y en situación, los escenarios históricos que se configuran y la capacidad colectiva de incidir en ellos, muy especialmente desde las universidades.

Es urgente, entonces, la necesidad de revisar y reestructurar buena parte de las prácticas académicas y científicas, sobre todo las universitarias, pero al hacerlo hay que resguardar algunos de los principios y sentidos fundamentales de su constitución social. Pero esa operación no es fácil. Algunos colegas latinoamericanos, coordinados por Jesús Martín Barbero, publicaron recientemente un libro estimulante y provocador, que lleva por título *Entre saberes desechables y saberes indispensables (agendas de país desde la comunicación)*, como un avance muy pertinente en esta reflexión. La solapa del libro dice que:

Trata de pensar en voz alta, en público, con mucha pasión latinoamericana y dolor de país. Intenta meter en el investigar y el pensar más país, más ciudadanía, más diversidad. Martín-Barbero, Reguillo, Entel, Marroquín, Alves, Herschmann y Rincón producen esta carta pública de las agendas que necesitamos para pensarnos como latinoamericanos, desde cada uno de nuestros países pero entrelazados, y asumiendo el reto enorme que contiene la comunicación en nuestros días: su transformación en ojo del huracán, en ecosistema o tercer entorno, en campo/problema/eje desde el que otear los otros campos de la sociedad (Martín-Barbero, coord., 2009).

Provocadora y ejemplarmente, este libro y otros editados por el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina de la Fundación Friedrich Ebert, pueden obtenerse libremente, en versión electrónica, en el sitio del Centro en Internet [<http://www.c3fes.net/>]. Múltiples recursos de este tipo, que hacen consistente su forma de acceso con su contenido, ejemplifican una forma de la sociedad del conocimiento basada en la comunicación que elude los desafíos de la disociación social y de la mercantilización, pero que supone también el acceso y la capacidad cultural implicada en la búsqueda, la lectura y la reflexión compartida. En términos



de Néstor García Canclini (2008), la reflexión sobre la sociedad del conocimiento es también una reflexión y una propuesta de la sociedad del conocimiento.

En el libro mencionado se hace un ejercicio que sin duda puede calificarse de parcial y sesgado, o incluso de voluntarista o maniqueo, pero que expresa una convicción de base que puede argumentarse sintéticamente en la necesidad auto-crítica de reasumir la responsabilidad social e histórica del trabajo universitario, de compensar la burocratización y el eficientismo que muchas veces prevalece entre los académicos y los estudiantes. Entre otros, puede citarse un párrafo digno de ser reflexionado y debatido:

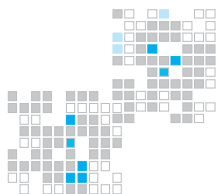
La urgencia por reubicar a la universidad y sus modos de pensar e investigar responde a una realidad social y política cada vez más marcada por el mercado y más lejos de la vida nacional y local. Pero se trata de una urgencia que nada tiene que ver con la prisa nerviosa de la gente ni con la aceleración tecnológica, sino más bien con la lentitud, y hasta el estancamiento, de un pensamiento crítico que, enredado en las discusiones internas de la academia y en las inercias ideológicas, resulta incapaz de acompañar de cerca las transformaciones de lo real social y cultural. Pues nunca la distancia, necesaria al pensar, se ha vuelto tan perversa como cuando lo pensado ya no tiene que ver con lo que vive y siente la gente del común (Martín-Barbero, coord., 2009, p. 6).

Este cuestionamiento es central en el debate sobre las sociedades del conocimiento: el “nuevo” papel de la educación y de la universidad en la orientación, producción, reproducción y distribución social de los saberes, ante el despojo que estas instituciones han sufrido del monopolio que sostuvieron en siglos pasados, y que ahora detentan otros agentes sociales, que al mercantilizar el conocimiento someten sus ciclos sociales, incluyendo los científicos

y universitarios, a una reducción disociante. Pero, además, con consecuencias muy peligrosas. En su contribución al libro citado, Rossana Reguillo analiza la “contingencia” a propósito de la pandemia iniciada en México por el virus nombrado “A H1N1”, que hizo estragos en la salud, la economía y casi cualquier otra dimensión de la vida mexicana. La crisis del sistema nacional de salud fue tan evidente como la crisis del sistema nacional de comunicación social. Para Reguillo,

la mezcla (explosiva) de falta de credibilidad – ganada a pulso– en las autoridades, la ausencia de una estrategia de comunicación de riesgo en momentos de emergencia, aunados a los decibeles empleados por muchos medios de comunicación, especialmente la televisión comercial y la proliferación de sofisticadas hipótesis interpretativas sobre lo que ha ocurrido, han configurado un espacio público sumamente complejo que no ha abonado al fortalecimiento del tejido democrático y, muy por el contrario, azuzó lo más añejo e inconsciente de nuestros miedos [...] Considero que las preguntas (y las críticas) frente a estas “derivadas” de la epidemia, son casi obvias: ¿Dónde está la universidad en estos tiempos de crisis fundamentales? ¿Dónde sus expertos? ¿Dónde su voz crítica y necesaria frente al manejo de una comunicación errática y carente de propuestas imaginativas e inteligentes? (Reguillo, 2009, p. 39-40).

En el mismo texto, Reguillo se refiere a las crecientes distancias entre la experiencia común de los desafíos y amenazas contemporáneas, de las crisis políticas y económicas enlazadas, de las formas culturales y la descomposición social asociadas al narcotráfico y la guerra contra él, de las crecientes brechas no sólo económicas o educativas, sino culturales y simbólicas entre sectores, géneros, regiones, grupos de edad, mientras la banalización y la espectacularización saltan de los medios a las políticas, y a los marcos de interpretación, y finalmente, de la incapacidad de la investigación académica no



sólo de dar cuenta de esa contemporaneidad, sino de contribuir a descubrir, experimentar, establecer dinámicas alternativas. Puede fácilmente coincidirse con ella en que “no es fácil imaginar la relación entre el país imaginado, el real, el mediático, el cotidiano diferencial y las tareas que competen a la universidad, factoría de las posibilidades futuras, bodega activa de lo que ha sido, taller de lo contemporáneo” (Reguillo, 2009, p. 48).

Los investigadores de la comunicación que trabajamos en universidades mexicanas somos insuficientes para hacernos cargo de desafíos tan complejos y profundos como los que la sensibilidad ante el transcurrir cotidiano permite advertir, pero si fuéramos más y tuviéramos mayor cantidad de recursos a nuestra disposición probablemente seríamos menos capaces, como comunidad, de hacer eso. Nos falta, entre otras muchas cosas, capacidad reflexiva y de debate, entre nosotros y con otros agentes sociales. Nos falta, quizá, asumir una postura más sólida y compartida ante la relación entre incertidumbre y comunicación.

Quien se ha dedicado a sistematizar e interpretar información sobre el campo académico de la comunicación en México, simultánea y articuladamente con tareas como profesor universitario, debe ser optimista con respecto a la posibilidad de enfrentar con eficacia creciente los desafíos de la producción pertinente y consistente de conocimiento sobre la sociedad con la comunicación como eje estratégico, pues como lo ha formulado un investigador estadounidense, “comprender la comunicación es comprender mucho más” (Peters, 1999, p. 2). Pero debe reconocerse que, actualmente, a pesar del crecimiento de algunos indicadores, la investigación de la comunicación en México está, quizá como el país entero, estancada y concentrada, fragmentada y crecientemente desbordada por las transformaciones de sus objetos. Y que los investigadores no estamos prestando la suficiente atención crítica a esta situación.

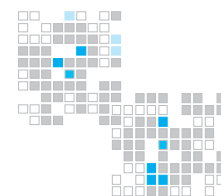
Es preocupante sobre todo la posibilidad de

que eso que Rossana Reguillo llama la “espectacularización y banalización”, y que también puede identificarse como “inmediatismo superficial” de la comunicación mercantil, como pautas culturales predominantes, que sustituyen paulatinamente con emociones los procesos constitutivos y deliberativos en la sociedad, no sólo vayan dominando en los campos de la política, la economía y la cultura institucionalizadas, sino también en las universidades. La incertidumbre, motor esencial de la evolución, de la política, de la información, de la ciencia, no puede disfrazarse con certezas ar-

Desde hace al menos veinte años, el 75% de la investigación de la comunicación en México se produce en cinco universidades [...]

tificiales. Exige ser enfrentada con proyectos sociales que sólo la comunicación puede articular. Estas tendencias conformistas, ni siquiera adoptadas racionalmente en función de un cierto y deformado “realismo”, sino impuestas por la incapacidad ante la inercia, son ya, desde hace muchos años, predominantes en la formación profesional y, crecientemente también en los posgrados y la investigación, no sólo en comunicación.

Al igual que en otros países, la producción de investigación académica de la comunicación en México manifiesta una clara tendencia a la fragmentación, que no a la especialización. La diferencia es importante: la producción científica, en cualquier área, tiende a especializarse, a subdividirse, a ramificarse, para poder mantener en límites razonables el rango de fenómenos a estudiar, es decir, para que los especialistas puedan conocer a fondo su campo de estudio y participar en su desarrollo tomando decisiones individuales, locales e internacionales articuladas unas con otras, tendientes a ser decisiones colegiadas. Cuando esta articulación se pierde, la subdivisión se convierte en fragmentación, en alejamiento progresivo de unas especialidades con



respecto a las otras, en aislamiento. La investigación de la comunicación, precaria como es, tiende más a fragmentarse que a especializarse en todo el mundo, debido quizá sobre todo a su debilidad teórico-metodológica de base.

Cada “segmento” de investigación tiende a adoptar sus propias convenciones, sus propios consensos sobre “qué es” su objeto y cómo conviene investigarlo, es decir, a qué factores académicos y extra-académicos es necesario articular la práctica científica, independientemente de su fundamentación más amplia. Ante un conjunto de referentes a los que se les puede llamar “comunicación”, que crece, se expande y cambia a una altísima velocidad, el sentido de urgencia prevalece sobre la capacidad reflexiva y la investigación, desde sus bases, se dispersa y diversifica, más que fortalecerse. Los productos de la investigación, y muy especialmente los que corresponden a los procesos de formación de investigadores (las tesis de posgrado), mantienen algunas referencias generales comunes, pero constituyen sus propios “modelos”, cada vez menos articulados entre sí. No es sorprendente que los “textos” comunes, de amplio espectro en cuanto a su presencia en diversos tipos de proyectos, incluyan cada vez menos aportes específicos a la teoría de la comunicación, y más, en general, a la sociedad o la cultura contemporáneas.

Además, paradójicamente, esta fragmentación está concentrada. Desde hace al menos veinte años, el 75% de la investigación de la comunicación en México se produce en cinco universidades, donde están los posgrados acreditados y más del 60% de los investigadores reconocidos por el Sistema Nacional de Investigadores. Pero la fragmentación antes descrita no se disminuye por esa concentración. Ambas son, quizá, manifestaciones de una condición más general, que habría que analizar con mayor intensidad y agudeza.

Por otra parte, no puede ignorarse que los factores tecnológicos de la “comunicación” con-

temporánea son probablemente el mayor disruptor de este campo de estudio, además de uno de sus principales impulsores, en tanto modificador del objeto y en cuanto a apoyo para la construcción y el mantenimiento de los nexos que hacen un campo. La creciente importancia y omnipresencia de las tecnologías “de comunicación” en las transformaciones económicas, políticas y culturales del mundo contemporáneo, contribuye en buena medida a supeditar, conceptual y prácticamente, el desarrollo de la comunicación/interacción social al desarrollo de las tecnologías que median muchos de sus procesos y sistemas. Y ese desarrollo es notable, por su velocidad y su alcance, aunque también por la concentración de poderes (político-económico-culturales) de la que es indisociable. La gran paradoja del desarrollo tecnológico de “las comunicaciones” es que sus valores (otra vez, políticos, económicos, culturales) y capacidades de ampliación de las fronteras (espaciales y temporales), reducen al mismo tiempo los costos y esfuerzos necesarios para la comunicación (y para muchas otras “operaciones” constitutivas de la vida social) y las opciones de los sujetos interactuantes, especialmente las que se refieren a la interpretación del sentido de la interacción misma, subsumida por la “interactividad” de los sistemas.

Hay una gran tendencia, antigua e históricamente tematizada, a mitificar los aportes tecnológicos a la comunicación y la configuración sociocultural de la vida (que incluye centralmente las identidades de los sujetos), de manera que así como se concentran las capacidades de innovación y de control de los sistemas, se reducen también las posibilidades de apropiación y uso. Pero, sujetos la innovación, diseño, control, distribución y acceso, a intereses globales no sólo mercantiles, muchos de los procesos, sistemas y aplicaciones tienden a convertirse en simulaciones de participación, de aprendizaje, de diversión, de información, de ciudadanía, de progreso, de comunicación. No se trataría de sostener con esto, en absoluto, un discurso

o una postura “anti-tecnológicos”. Por el contrario, lo que se afirma es la necesidad de una integración conceptual, intelectual, metodológica, de los factores tecnológicos a su matriz sociohistórica, y a los procesos socioculturales que no sólo determinan, sino que también son indisolubles de su origen y proyección. Lo que no parece ocurrir en la investigación y la enseñanza de la comunicación es precisamente el fortalecimiento de esta capacidad crítica de “apropiación” de la tecnología como factor de la comunicación, la sociedad y la cultura contemporáneas.

Finalmente, hay que decir que una consecuencia del debilitamiento de la capacidad crítica, del inmediatismo superficial y de la fragmentación de los avances académicos en el estudio de la comunicación es la creciente distancia entre los modelos de comunicación y los modelos de democracia que siempre, desde el origen de los estudios de la comunicación, se ha intentado integrar. Lo que acaba siendo evidente en las campañas electorales, la reducción de “la comunicación” a campañas de spots televisivos y por lo tanto al control de recursos de acceso a los medios de difusión, es manifestación de la extendida incapacidad, entre los diversos agentes sociales, de apreciar y respetar los derechos comunicativos de los ciudadanos, indisolubles de los demás derechos individuales y sociales, y condición fundamental para su ejercicio. La reducción de la comunicación a sus mani-

festaciones más instrumentales, en la práctica, así como la reducción de la política al ejercicio formal del voto, contribuyen más al predominio de mediaciones sociales autoritarias que democráticas, y se enraizan como cultura.

Asumir estas reducciones de la comunicación desde la academia, también por supuesto sujeta a fuertes impulsos instrumentalizadores, es un desafío que tendría que ser más serio y prioritariamente analizado y debatido en los ambientes universitarios. Las “fuerzas del mercado” y la ética asociada a su vigencia, no son exclusivas de algún sector dominante en lo económico, sino que permean también al Estado y a la “sociedad civil”, a la política y a la cultura, a la ciencia y a la educación. En este contexto, los debates sobre la sociedad del conocimiento tendrían que profundizarse y extenderse en términos de un proyecto social responsable de sí mismo, lo cual sólo sería posible mediante el ejercicio de la comunicación, pero no de las formas instrumentales y fragmentarias, socialmente disociantes y exageradamente mercantiles que crecientemente la simulan. En el centro de los desafíos fundamentales de la transformación de la universidad está, sin duda, el fortalecimiento de la capacidad de aportar responsable y estratégicamente, ante la incertidumbre y el cambio histórico, elementos de conocimiento sistemático y riguroso de la sociedad, la que ha sido y la que es, pero sobre todo la que puede llegar a ser.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Contextos de la investigación: sociedad de la información, del conocimiento y del reconocimiento*, Conferencia inaugural del Primer Congreso de la Asociación Española de Investigadores de la Comunicación, Santiago de Compostela, 2008.

MARTÍN-BARBERO, Jesús (Coord.). *Entre saberes desechables y saberes indispensables (agendas de país desde la comunicación)*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung, 2009.

PETERS, John Durham. *Speaking into the Air. A history of the idea of communication*. Chicago & London: The University of Chicago Press, 1999.

REGUILLO, Rossana. México: contra el ábaco de lo básico. Agendas de país y desafíos para la comunicación. In: MARTÍN-BARBERO, Jesús (Coord.). *Entre saberes desechables y saberes indispensables (agendas de país desde la comunicación)*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung, 2009. p.37-49.

Unesco. *Hacia las Sociedades del Conocimiento*. París: Unesco, 2005.

